

REFLEXIONES INACABADAS:  
EL INTELLECTUAL ANTE EL TERCER MILENIO\*  
Andrés Molina\*\*

Todo papel nos habla de un escenario, de una trama, de actores. A personajes en una representación. Nos toca aquí interrogarnos sobre la actuación de los intelectuales en un mundo donde no alcanzamos a ver con claridad sus contornos, qué cosa se trae, hacia donde marcha. De qué cosa se trae, hacia donde marcha. De entrada tendré que referirme a eso que se ha dado en llamar el papel del intelectual en la época que le ha tocado vivir, más tarde haré algunos comentarios sobre nuestra situación particular. Parece imponerse casi, si no negar, al menos arrojar algunas dudas sobre nuestro punto de partida: hasta dónde el intelectual ha representado un factor actuante en el devenir histórico?. La problematicidad del presente me pone a dudar de unas respuestas inequívocas.

Convengamos en que la función del intelectual no es un dato ahistórico, que éste ha modificado sus relaciones con lo social, lo político, lo cultural.

---

\* Palabras pronunciadas en la Tertulia del Centro Cultural Hispánico el 1/2/93.

\*\* Facultad de Ciencias y Humanidades, INTEC.

El intelectual moderno, con su vocación social ha parecido jugar, como pocos de otras épocas, un rol de importancia fundamental en la creación, articulación y difusión de la cultura, pero, cuáles son los límites de su juego?

El intelectual de la modernidad aparece, incluso de forma expresa como el aliado o el compañero de la historia, iluminando el camino con una razón que no era sino la encarnación de una lógica de lo histórico.

Incluso aquellos que no podríamos identificar como progresistas intervenían con el propósito de mejorar al hombre. Progresistas o no, todos tenían algo que decir para torcer, acelerar o atenuar el paso de la historia. Pero mis dudas regresan cuando compruebo que demasiado a menudo el devenir histórico que los justifica, parece marchar sin ellos o contra ellos. La última aventura del intelecto de vocación reformadora, el marxismo, desde muy temprano empezó a distanciarse del mundo que se reclamaba de su inspiración. Todo termina en el error o en la caricatura, pero hasta ahora se había continuado.

Hoy nos preguntamos por nueva vez por el tipo de papel que estamos llamados a representar, y no creo que nuestras respuestas vayan a ser inequívocas, concluidas, ni siquiera que los pueda haber por el momento.

Frente a la cuestión se oyen las percepciones más diversas, cuando no el silencio. El presente nos ha sorprendido. Nadie sospechaba, ni esperaba una distancia tan grande entre los acontecimientos que se superponen y la razón, que en todo momento se invocó para no dar vueltas en el vacío.

El hombre no se acomoda a gusto en lo incierto, es un infatigable buscador de certidumbres y la función del intelectual moderno, la propia o la atribuida, siempre se asoció a la configuración de una cultura en que la verdad y la razón representaban los valores supremos.

Una cultura que llegó a pensarse a sí misma puesta a resguardo contra la irrupción de la barbarie asociada a lo premoderno. Una cultura que se veía a sí misma inmunizada frente a la invasión de lo maldito. Por demás inmortal.

La defensa de esa cultura recayó en el intelectual sobre todo. Lúcida, interpretando cada hecho estaba asegurado que no podía darse marcha atrás. Discutible o no, esto siempre había formado parte de una creencia tácita. Incluso, etimológicamente el sentido de lo intelectual remite a la lectura interior de los acontecimientos.

No es por azar que el mundo se asimilara a un libro o un prodigio desmontable, cognoscible hasta el final. Hoy el texto que debe ser leído está escrito con signos desconocidos, tiene páginas en blanco o perdidas...

Cuando uno recuerda a Gunter Grass quien hace un par de años se refería al desencuentro de razón e historia y, con pesar, decía no confiar en que la razón volvería a ocupar su lugar en los grandes temas humanos, hay que reconocer que ni las relaciones razón/historia, ni las del intelectual y su tiempo se muestran tan evidentes como hasta hace poco creíamos que fuesen. Han sido los intelectuales tomados seriamente en cuenta en los momentos más apremiantes de la encrucijada histórica en que les ha tocado vivir?

Más dramáticamente, puede el intelectual no sólo ser escuchado en esos momentos, sino hacer su contribución para modificar, si fuese necesario, el curso de los hechos?. Pienso en Vaclav Havel, el presidente intelectual que firmó la liquidación de Checoslovaquia sacudida por la tormenta de los nacionalismos y particularismos de todo tipo que exhiben los antiguos estados socialistas en el presente.

Y pensando en Havel, simbólicamente me estoy representando al intelectual en su paradójica situación: no puede ausentarse del mundo, pero su instrumento por excelencia, la razón lúcida, se muestra impotente frente al atropellante curso de las cosas.

La dicotomía entre el hacer y el pensar, arma favorita de los poderes, cuando molestamos reaparece. "Ustedes piensan, nosotros hacemos", cuantas veces uno ha tenido ocasión para escuchar esta frase. Sólo cuando el pensar le sirve al hacer somos ensalzados, somos necesarios. La verdad de todo esto es que pensar necesita tiempo, necesita del interrogarse siempre y en todo momento; el hacer requiere, en ocasiones, rápidas decisiones, certezas y no preguntas. El orden se construye

con certezas; el intelectual en su mismidad se reconoce en sus dudas, aunque a menudo las olvide.

El intelectual moderno si bien nace junto a la duda, para continuar dudando, casi siempre lo hizo como el recurso para nuevas certezas. No es simple coincidencia que ése alejamiento de su intimidad escéptica se viera recompensado con el ascenso de su prestigio social. Nació condenado junto a la propia modernidad y su cultura. La duda como heurística, como antesala de la verdad trazaba al propio tiempo los límites de su actuación.

Todos, radicales o no, inscribieron en sus propósitos la construcción de una imagen cierta del mundo, una imagen que desconociendo lo sinuoso, lo inabarcable, lo oscuro, fuera la culminación del itinerario de la historia, desde las tinieblas de la barbarie hasta la transparencia de una civilización.

Todos debían jugar un papel, lo jugaron... lo creyeron jugar. Sólo una historia contemplada como Revelación necesita de esos papeles estelares con que se adornó la consciencia del intelectual moderno.

Ante el presente, que no encaja en esa lógica que inscribíamos en el devenir, la situación del intelectual deberá repensarse. Volver a pensar al intelectual, a su valor social sobre todo. Si algunos pregonan el fin de lo social, y hay signos que anuncian si no un fin, al menos un tipo atomizado de sociabilidad: qué hacen los intelectuales, la conciencia de quienes dirán representar?. El devenir como proceso unitario ha dejado lugar a un escenario complejo, de agrupamientos por un lado, fraccionamientos por el otro - una temporalidad sin horizontes, con interrupciones y vueltas atrás.

No hay promesas que uno pueda recordar. El futuro, esa dimensión del espíritu moderno, como nos dice Alberoni "no nos ofrece nada, bueno o malo, y, por añadidura no vemos en él ningún nexo de unión con nuestro pasado".

En este nuevo escenario, el papel del intelectual, si es que tiene alguno identificable, se torna especialmente problemático, toda vez que la razón como su instrumento parece vacilar o se muestra impotente para comprender lo que ha sobrevenido o se avecina. Todo ha venido

amontonándose demasiado rápido y el pensamiento no nace como los hongos de un día para otro. El "nuevo orden" -un término que por su escaso rigor se presta a mil interpretaciones - no se avista con claridad aún, aunque nos parezca que el Occidente y sus formas de vida se hayan planetarizado.

Entran en escena nuevas confrontaciones, nuevas diferencias, nuevas coaliciones. La tensión Este - Oeste deja lugar a un conflicto Norte - Sur. Complejos conflictos nacionales, étnicos y religiosos pulverizan Estados.

El Oriente "occidentalizado" presiona en el mercado internacional. Europa se debate por una unificación que ya no parece ser el común acuerdo de los distintos Estados que la conforman. Los viejos socialismos reales, desaparecidos, abren las puertas a raras criaturas políticas.

La xenofobia y el neofascismo son el nuevo fantasma que recorre Europa, tanto en Oeste como en el Este. Las Naciones Unidas sancionan invasiones que, como la Guerra del Golfo, se espectacularizan y no pocos disfrutamos. Una verdadera locura que no parece asegurar el idílico triunfo mundial del capitalismo, arbitrado por los Estados Unidos.

Por dondequiera se reconoce una interrupción de los que fueron nuestros modos de entender los acontecimientos. Cuesta mucho esfuerzo acomodar todo este abigarramiento en una interpretación racional que nos satisfaga. Hay que inventar no sólo nuevas tentativas de comprender, sino también nuevas perspectivas para sostenerlas.

Como si asistiéramos a la confirmación de que la historia como trama, es una de las tantas creencias compartidas que hay que cuestionar antes de que finalice este milenio. En este contexto la posición del intelectual es particularmente sensible al viraje de los acontecimientos -está atrapado por la necesidad de entender cuanto pasa y la precariedad de sus medios. Entre escéptico y desencantando, el intelectual del presente se inclina por el repliegue. Recluirse en lo privado, en un hedonismo sin ímpetu, antes que volver a confiarse a las utopías que tarde o temprano acaban defraudando.

Arisco, frente a los paisajes utópicos, el intelectual se aproxima incluso a la banalidad y al sentido común, a la indiferencia que alguna vez fue uno de sus peores pecados.

Se ha descubierto que "vivir sin ideal, sin objetivo trascendente resulta imposible" (Lipovsky) o deseable. Este retirarse no sólo afecta al intelectual, pero en él es tan notorio como trágico. Nadie lo hubiera sospechado.

La realidad nos luce menos modificable de lo que hubiéramos estado dispuesto a aceptar. Apresurados, algunos empiezan a ver en el espejo al neoliberalismo como una imagen esperada que asomándose conjuraría el sentimiento de vacío. Fetichizado, como en los mejores tiempos del ascenso de la ideología liberal, se configura como utopía posible. El mercado, demasiado rápido empieza a identificarse con el remedio a todos los males heredados. Se repiten "clichés", se adoptan con desesperación "esloganes" en una búsqueda de las certezas que no pueden encontrarse.

El intelectual vacila: a lo mejor por allí asoma alguna luz. El discurrir de la historia se reduce aquí a la lucha entre Estado y Mercado, una dicotomía que nos recuerda a las dos clases irreconciliables del marxismo corriente.

A la pregunta por el rol de los intelectuales en el "nuevo orden" de seguro no vamos a responder en forma inequívoca, clara. Todavía nos queda por esperar, todo es frágil, movedizo. Se intentan respuestas. Nuevos hechos nos hacen barajar otras.

Siempre ha ocurrido así en los momentos de grandes y rápidos cambios históricos. Ni siquiera en el ocaso del primer milenio de la Era Cristiana, la humanidad vivió momentos como los actuales. Allá el Cristianismo, aunque adulterado y en muchos casos corrompido, ofrecía algún camino.

Los milenarismos que se extendieron como una verdadera plaga por toda Europa no carecían de mitos con que alimentar las esperanzas de la gente. Nada nos representamos con claridad. Se continúa buscando la figura que nos identifica.

El desarraigo, el no compromiso o el compromiso frágil de hoy, a pesar de su carga de indeterminación tiene de interesante el volver a colocar al escepticismo como actitud en el centro de la problemática de lo intelectual. No voy a retomar el tema de la necesaria criticidad del intelectual. El intelectual crítico, lo que fue a menudo con el adversario, fue complaciente con los suyos. Acabó en nombre de la crítica justificando las peores atrocidades. El escepticismo, aunque nos haga correr el peligro de disolvernó en la descreencia nos pone en guardia contra la parálisis de un saber narcisista.

Ese escepticismo que nos despierta hoy es, paradójicamente, el antídoto contra los dogmatismos del porvenir. Lo que nos parece una imposición indeseable, a mi juicio, es la virtud del intelectual.

Creo que Raymond Aron tiene entera razón dando la bienvenida a los escépticos que podrían enterrar los fanatismos del futuro.

---

\* "El chisme es una invención dominicana y eso uno no lo encuentra en ningún otro país del mundo y el chisme consiste en pensar cosas falsas y hacerlas circular, decir las, como si fueran verdaderas o legítimas." Juan Bosch, en un artículo del *Listín Diario* del lunes 8 de marzo de 1993.